



Resumen

Para los jóvenes varones, establecer relaciones consideradas “íntimas”, en términos de confesión de información privada o expresar sentimientos de forma abierta, implica el poner en juego la “imagen masculina” que construyen de su ser hombre de cara a las mujeres. Para conformar y resguardar una identidad masculina adecuada hablan del uso de diversas máscaras, útiles para la interacción social, pero que además posibilita la conformación, mediante actos performativos, de un sentido de sí mismos apegados a los órdenes de género y a un ejercicio de poder mediante la manipulación de los sentimientos y de reservarse información personal. Pero a la vez, ello les genera la sensación de una hipocresía social que prevalece en las formas de vínculos interpersonales.

Palabras clave

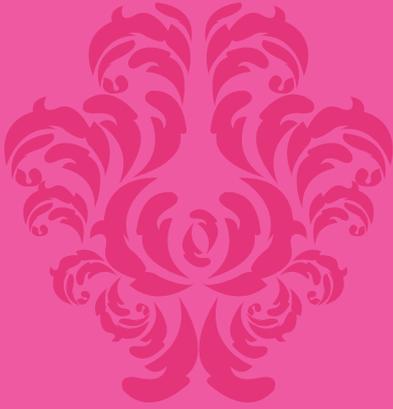
Jóvenes, intimidad, identidad, masculinidad.

Abstract

For young males, to establish relationships considered as “intimate” in terms of publicize private information or to express feelings in open ways, in face of women, implies to put in danger the “male image” performance that fabricates their maleness for the female subject. In order to shape and protect an adequate male identity, these youngsters talk about the use of diverse masks which are useful for social interaction. These masquerades make possible the conformation, through performative acts, that resembles a sense of them attached to the gender order and to an achievement of power by means of feelings manipulation and the reluctance to disclose personal information. But, at the same time, these actions generate in them a sense of a “social hypocrisy” that prevails in diverse interpersonal links.

Key words

Young, intimacy, identity, masculinity.



Performatividad e identidad en la experiencia de la intimidad en hombres jóvenes

*Performance and Identity in
Young Men's Intimacy Experience*

Salvador Cruz Sierra¹

- 1 Profesor-Investigador. Doctor en Ciencias Sociales por la UAM-Xochimilco. Adscrito al Departamento de Estudios Culturales, El Colegio de la Frontera Norte. Dirección regional noroeste, Ciudad Juárez.
Líneas de trabajo: Género, masculinidad y diversidad sexual.
Correo de contacto: scruz@colef.mx

Fecha de recepción: 10 de noviembre de 2009

Fecha de aceptación: 2 de febrero de 2010

Introducción

En la sociedad contemporánea se ha considerado a la intimidad como un elemento central en las relaciones interpersonales. Las formas de interacción social cada vez más individualistas e impersonales, hacen que sean valorados de forma especial aquellos vínculos que se caracterizan por una mayor cercanía física y emocional. Dentro de las formas más recurrentes para dar cuenta de la intimidad se encuentra la confesión e intercambio de información personal y privada, es decir, compartir experiencia que muestra cómo es la persona “realmente”. Sin embargo, la experiencia de la intimidad va más allá de la inmediatez de la confidencialidad y externalización de sentimientos, pues vista como una relación social implica un vínculo intersubjetivo que conforma un sentido de tiempo y espacio real o simbólico de unión consigo o con otros, es decir, que marca formas de sociabilidad y selectividad en las redes sociales de interacción y genera sentimientos, al parecer, de bienestar.

En este sentido, la intimidad entendida en los términos de un modelo que hace deseable la revelación de pensamientos y sentimientos internos es problemática. Lo anterior en tanto está presente el poder en este microespacio de interacción social, pero donde dicho poder se caracteriza por ser asimétrico entre los géneros. La literatura reporta diferencias y malestares en torno a la manera en que viven y expresan la intimidad hombres y mujeres. En particular, prevalece la idea de una incapacidad de los hombres para la intimidad. Aunque se esperaría que fueran los hombres jóvenes quienes fueran más proclives a este tipo de relación, se observa lo contrario. A pesar de los cambios en el terreno de la intimidad que se están observando desde décadas pasadas en nuestra sociedad, como mayor autonomía personal en el ejercicio de la sexualidad; popularización de la anticoncepción, el divorcio o las uniones consensuales; nuevos arreglos en la vida erótica y afectiva; así como un resignificado de la paternidad y la maternidad (Guevara, 2004: 252), los jóvenes aún reproducen modelos tradicionales de género y manifiestan actitudes conservadoras respecto a estos aspectos.

La intimidad, en tanto cualidad en el vínculo afectivo, y la condición de género, en tanto modelador de sentidos y expresiones diferenciadas de los sentimientos, representan elementos casi indisociados que vinculan la atrofia emocional al hecho de ser hombre, y naturaliza la incapacidad de éstos para la intimidad, aunque ambos aspectos sean construcciones socio-culturales e históricas y funjan como medios de dominio. Por lo tanto, la intimidad masculina representa una experiencia que articula la identidad, las emociones y el poder, que mediante actos performativos reproduce y reafirma la cultura de género tradicional y, con ello, ejercicios de poder asimétricos entre hombres y mujeres.

El presente trabajo se enfoca en conocer el sentido que tiene la experiencia de la intimidad para los hombres jóvenes. Para este estudio se trabajó con hombres de clase media baja de la Ciudad de México. En el trabajo participaron estudiantes de licenciatura en universidad pública del norte de la Ciudad, correspondientes a las áreas económico-administrativas.

Por las características de la temática y de la población de estudio se recurrió a un abordaje cualitativo que permitió entender la convergencia de la subjetividad masculina, de las relaciones intersubjetivas y de la construcción del sentido social que tiene la intimidad en los entrevistados. Este sentido da cuenta del orden social y de las condiciones socioculturales y económico-políticas que lo regulan. Para lo anterior se utilizaron grupos de discusión, en virtud de que permiten reconstruir el sentido social en el seno de una situación grupal-discursiva (Canales y Peinado, 1995). La muestra quedó conformada por dos grupos de seis integrantes cada uno, ambos iniciaron con base en la siguiente consigna de trabajo grupal: hablar de las relaciones afectivas de los hombres y del sentido que atribuyen a los siguientes conceptos: cercanía, proximidad, confianza, complicidad y cuerpo.

Identidad masculina y performatividad

[...] Para darle el término de macho a alguien, eso lo vas construyendo, con tus actos vas haciendo esa imagen [...].

Joven de clase media, ciudad de México.

La identidad, como sentido de integración de sí mismo, responde a la necesidad social de nombrarse y enunciarse de determinada forma, es un proceso siempre inacabado e impermanente, pues el individuo vive en un estado de construcción y reconstrucción continua. Sin embargo, desde una perspectiva de la posmodernidad, Gergen (2007) plantea que las nuevas tecnologías posibilitan redes de comunicación que llevan a los individuos a establecer múltiples relaciones incoherentes e inconexas, que genera un estado de saturación social que fragmenta al yo, y hace aparecer una diversidad de yoes,¹ o les hace convertirse en sujetos pastiche.²

Indudablemente, el yo es relacional, pues el vínculo con otros es la base de la constitución misma del sujeto. Sin embargo, ello no imposibilita la conformación de un yo integrado. Puede decirse que la flexibilidad o adaptabilidad del yo no llega al límite de perder todo sentido de saber quién se es. Los jóvenes entrevistados parten de reconocerse como hombres, pero además tienen como referente la imagen del hombre macho, como se observa en el siguiente fragmento de la discusión:

- 1 En el mismo sentido que Gergen, Castilla (2001:46) señala que la imagen que el sujeto tiene de sí mismo se basa sobre cuatro módulos y en función de los cuales elabora sus respuestas/propuestas: a) el erótico, b) el actitudinal, c) el de la corporeidad, d) el intelectual. La imagen que el sujeto tiene de sí mismo en cada una de las áreas compone el *self*. Posición que coincide con Gergen al considerar que en el sujeto adulto la identidad se ha diversificado y no hay un *self* conjunto, sino varios referidos a cada una de estas áreas.
- 2 La personalidad "pastiche" la considera como un camaleón social que toma en préstamo continuamente fragmentos de identidad de cualquier origen y los adecua a una situación determinada (*Ibidem*, p.196).

Muchas veces yo creo que necesitamos acercarnos a platicar y muchas veces no lo hacemos precisamente porque somos machines porque somos el hombre fuerte, el hombre valiente, el hombre que siempre tiene la razón, entonces por eso muchas veces no nos acercamos. Yo siento que esos son los problemas que tenemos, muchas veces tenemos la razón o queremos tener la razón aunque no la tengamos.

Los jóvenes varones hablan de las diversas identidades que, si bien no son cerradas ni estáticas tampoco se puede decir que ya se hayan diluido. Ellos se definen como “hombres” y lo asocian con rasgos, atributos y prácticas específicas como el ser valiente, racional, fuerte, etcétera. En este sentido, los hombres jóvenes continúan reproduciendo la ideología de género tradicional, lo cual les siguen otorgando el reconocimiento social de ser “hombres de verdad”.

Del planteamiento de Gergen, resulta interesante la idea de que en una relación interpersonal la diversidad de yo es hace que todo se vuelva imagen y pierda fuerza la diferencia entre lo real y lo simulado, “se esfuma el concepto mismo de “yo auténtico” (Gergen, 2004: 26). Desde la teoría de los roles sociales, se puede decir que los sujetos ejecutan los papeles prescritos bajo la consciencia de cierta distancia entre su yo y la función que le toca desempeñar. La percepción de que la interacción social está marcada por cierta hipocresía funcional, o el discernimiento de que existe un yo auténtico y una apariencia que se proyecta hacia los demás, no es característica principal de la posmodernidad, pero lo que sí es incuestionable es la relevancia que tiene esto en la actualidad para los jóvenes. Prevalece una clara sensación de re-presentar quién se es en los vínculos que se establecen en la interacción social.

La diversificación y adaptación que requiere el yo para el adecuado funcionamiento en la vida social y en las formas actuales de sociabilidad requiere versatilidad y flexibilidad, pero también un hacerse en el hacer mismo, un trabajo constante y permanente sobre el sí mismo. La interacción cotidiana hace que cada persona emprenda una serie de actos y rituales que permitan construir vínculos con otros en una realidad compartida. Las actuaciones en la interacción social permiten percibir la esencia o sentido de unicidad que cada quien tiene de sí

mismo y, al mismo tiempo, lograr el reconocimiento del otro ante la imagen que se quiere proyectar, se sabe diferenciar entre el personaje y del “ser” que hay detrás del actor. Sin embargo, dicha conciencia y noción del yo verdadero también es producto de lo que se ha dado en llamar “performatividad”.

Para Butler (2001: 15), la performatividad es la anticipación que conjura su objeto, es una expectativa que termina produciendo el fenómeno mismo que anticipa. La performatividad permite, mediante la repetición de actos, naturalizar el proceso de construcción del ser hombre o mujer en el contexto de un cuerpo. La misma Butler considera el género como performativo, en virtud de que el sentimiento de esencia interna que tiene la persona se construye mediante un conjunto sostenido de actos corporales con la capacidad de la acción y la transformación de los cuerpos. En este sentido, el género se concibe como una serie de expresiones originales y sustanciales, que se mantienen en un constante hacer, por ello su naturalización. También en este sentido, el género siempre es histórico, relacional y contextual, porque siempre está inmerso en relaciones construidas en espacios sociales específicos.

El planteamiento de la performatividad de Butler (1990) que va desde lo lingüístico hasta lo teatral, posibilita entender la construcción del sujeto como hombre o mujer, y la permanente dramatización que hace para sí y para otros de verse como un hombre. Los actos que constituyen el género ofrecen similitudes con aquéllos de la función teatral, porque la serie de actos reiterativos son experiencias comunes que se escenifican y constituyen una realidad compartida. Son realidades representadas en el escenario social, son expuestas a la expresión pública y son sujetas a la regulación y a la sanción.

Una diferencia de Butler en relación con la perspectiva teatral de Goffman (1971) es que ésta última da por sentada la preexistencia de un yo que es el que realiza el acto. Para Butler, la ficción de esencia de un “ser” es el producto de la misma construcción performativa en el hacer. En los testimonios recabados, los hombres usan ese sentido de esencia de sí mismos refiriéndolo como lo más profundo de su ser. Asimismo, refieren el sentido metafórico de la teatralidad para dar

cuenta de la conciencia de un yo separado de las imágenes que crean para la actuación.

Si se analiza el discurso de los entrevistados se puede apreciar la dramatización que llevan a cabo en la interacción cara a cara con otros sujetos, lo que les lleva a considerar la vida social como una representación constante. Se observan con claridad las referencias a ir construyendo imágenes, a demostrar ser de cierta forma e irse transformando en lo que esperan las mujeres. La construcción de imágenes que se acercan a los modelos dominantes del ser hombre y la simulación aparecen como recursos para ello.

Es como una imagen que queremos dar cuando estamos con una persona. Con una mujer, vamos tratándola y vamos viendo cuáles son sus intereses. Y cómo tú la quieres conquistar, entonces te vas convirtiendo en esa imagen, pero en un momento dado de mostrar tus sentimientos te hace un poco débil. Te hace débil porque ya no eres la imagen que ella piensa de ti, por tanto empieza a influir ella sobre de ti, y bueno, a fin de cuentas pues como que nos sentimos menos hombres, porque no logramos la imagen que ella quería, dado que lo que ella necesitaba no se lo pudimos dar nosotros, porque mostramos debilidad.

Las chavas a veces te aceptan pero porque tú das la imagen de que no dependes de nadie, de que tienes muchas chavas, de que nunca te vas a clavar con nadie. A veces así te aceptan cuando demuestras esas cosas.

Los hombres buscan parecerse al modelo que representa el ser hombre con la finalidad de ser aceptados y reconocidos; para ello adoptan actitudes, conductas y prácticas consideradas masculinas. Ello habla de una performatividad en el sentido de una repetición de actos que llevan a reafirmar una identidad masculina para sí y para los demás, lo cual a su vez, desde su percepción, cubre las expectativas que las mujeres esperan de ellos. Los hombres jóvenes están atentos a apegarse a los guiones que dictan los modelos y roles sociales sobre

el ser varón, tienen conciencia de que hay patrones culturales que se espera que cumplan.

Yo pienso que es diferente tener un contacto entre un hombre y una mujer, a parte a un hombre no lo vas agarrar de la mano, por ejemplo, a un amigo no lo vas a saludar de beso porque la sociedad predice que eso es malo, pero una mujer sí, la agarras, la abrazas y a los hombres los abrazas pero cuando es su cumpleaños. En otros países es distinto, un beso es normal entre los hombres, pero aquí es mal visto esto.

El sentido de actuación o representación, en un plano consciente, que los jóvenes le atribuyen a la experiencia de la interacción social, también les lleva a emplear en su argumentación el concepto de la máscara. Para Ortiz (2004:15), la máscara parece ser la suplantación de un rostro propio por otro, el producto de un artificio, de una construcción, de una elaboración, en general con una intención determinada. Se trata de jugar a ser otro, a jugar a ser diferente, es el intento por adquirir otra identidad, la máscara es una metáfora del rostro. Por otra parte, Goffman (1971: 31) señala que el significado original de la palabra “persona” es “máscara”, y que representa el concepto que nos hemos formado de nosotros mismos: “el rol de acuerdo con el cual nos esforzamos por vivir. Esta máscara es nuestro ‘sí mismo’ más verdadero, el yo que quisiéramos ser” (íbid):

[...] Normalmente siempre tenemos máscaras o siempre tendemos a que yo soy el bueno del grupo, tú eres el malo, tú eres bromista, tú eres el..., cada quien tiene asignado dentro de un grupo, dentro de la relación grupal, cada quien tiene asignado un nombre o un puesto detrás de la relación, y muchas veces, aunque uno no sea, así lo capta, o sea, prácticamente lo obligamos a serlo. Como por ejemplo, hay gente que es retraída dentro de los grupos y todos los tratamos de tontos y nos ensañamos realmente en tratarlo así, y llega un momento en que yo creo que hasta los mismos afectados lo empiezan a creer, al igual como al que

lo hacemos sentir el galán del grupo o al que lo hacemos sentir el líder o el malo [...].

Muchas veces nosotros estamos con máscaras. Entonces cuando estamos con una chava utilizamos otra máscara y después otra y no es por esconder algo. Simplemente con la chava hay que mostrar una máscara o una personalidad diferente, porque igual si está o escucha las pláticas que tienes con tus cuates se espantaría de ti.

Para los entrevistados, usar máscaras permite tener cierta reserva, silencio o discreción y contribuye a establecer buenas relaciones con otras personas. Los secretos o las cosas intransferibles ayudan a no dañar a las personas que se quiere y a evitar el sufrimiento que se puede causar si no se ocultan partes de lo que se piensa y se siente. Las máscaras ayudan a los entrevistados no sólo a mantener una imagen, sino también a no dañar a otros y a no ser dañados por otros. La percepción de la distancia entre un yo verdadero y las imágenes plantea los escenarios en que se vive una representación como simple ficción, pero a la vez, también como parte intrínseca y profunda del individuo.

Al emplear el modelo de Goffman (1971) donde las interacciones sociales pueden plantearse a través de tres espacios en la representación teatral: región anterior (*front region*), el trasfondo escénico (*backstage*) y la región exterior, puede ejemplificarse tanto la teatralización como el sentido del manejo de las máscaras, a través de la experiencia que narra Gonzalo, un joven entrevistado.

- a) Región anterior. Una escena que Gonzalo narra ante el rompimiento con una pareja muestra con claridad la representación que lleva a cabo por tal hecho:

Le hice un drama, así que: “¡por favor perdóname!” y llorarle y toda la cosa. Total que allí estaba a las cuatro, ya me tenía que ir y salgo así con los lagrimones en la cara y muy compungido. Salgo de la estación, bajo la escalera y me di cuenta que no sentía nada, así como ¡ufff! qué drama me eché ¡qué bárbaro! Pero mientras me bajé los dos pisos de la escalera pensé: “¿qué hice?”. O sea porque no siento

nada ahorita, ¿y allá? pero fue así de no me dejes ¿no? Ahí yo me impresioné mucho con como puedes jugar con los sentimientos según lo que te conviene. Pero realmente no los sientes.

- b) Región posterior. Detrás de la dramatización que pretendía mostrar que en verdad amaba, o al menos quería a esa persona, Gonzalo reconoce que sólo lo hizo por cierta conveniencia propia, y duda de que efectivamente haya existido ese sentimiento. Sin duda, fue real en su momento, pero sólo de modo pasajero:

En parte me di cuenta que era otra relación que estaba manejando, igual que la de mi chava, estaba con él porque era rico, y además no había opciones, él era el único *gay* que yo conocía y era la chava más bonita de la prepa, andaba con ella porque era la más bonita y andaba con él porque era el único *gay*.

El binarismo apariencia/autenticidad no sólo se remite o se vincula a los espacios público/privado en términos de la casa-calle y la familia-sociedad, sino también en una relación personal directa y cotidiana en vínculos considerados “íntimos”. Es decir, esta dualidad se ha incorporado a las formas de vínculo social necesarias para establecer un tipo de sociabilidad. Esta sociabilidad busca fincar relaciones basadas en una moralidad que califica a las personas en términos maniqueos de buenas-malas, honestas-deshonestas y confiables-no confiables.

La reserva y el manejo e instrumentalización de los sentimientos

Yo creo que entre hombres es donde sí hay un interés muy marcado porque nada más obtienes lo que quieres y siempre vas en busca de algo [...] (Grupo de jóvenes).

La noción de que existe un espacio que resguarda información no revelada a los otros constituye un sentido de reserva. La noción de la llamada “reserva” conforma un espacio de libertad, de expresión abierta que tiene el sujeto consigo mismo, por lo que es necesario resguardarlo

de la invasión ajena o, en el caso de ser compartido, necesita una complicidad mutua. Antes de mostrarse sin reserva ante otros, los hombres se muestran cautelosos para poder confiar y compartir.

El trasfondo escénico posibilita la conformación de la reserva que sirve de protección al yo del sujeto. Las respuestas que los individuos reciben de las personas de su entorno constituyen un criterio para establecer lazos de intimidad. Ser medido, ir conociendo poco a poco a otra persona y observar el desenvolvimiento de la relación y la solidez del vínculo son estrategias que sirven de guía para confiar y mostrar una apertura en relación con los aspectos privados, con la vida interna del sujeto y con su emocionalidad y afectividad. Asimismo, la información contenida en la reserva juega un papel fundamental en la interacción social, pues el empleo estratégico de la información tiene efectos en las respuestas de las personas:

Realmente nunca llegas a conocer a alguien, pero muchas veces no sabes si la persona a la que le estás platicando las cosas lo puede tomar a veces para su beneficio, cuestiones que te llegan a bajar a tu novia y por eso uno a veces no se abre por ese tipo de cuestiones.

Yo conocí a unos compañeros que se platicaban todo, supuestamente eran amigos y le contaba todo lo de su novia. Al fin de cuentas se la iba bajando. Como que sí eres mi amigo, pero de careta.

La otra cara de la moneda, o el revés de la máscara, es que ésta genera desconfianza. Las máscaras dan un sentido de insinceridad, superficialidad, hipocresía y simulación en las diversas esferas de la vida social. Hay dos aspectos que coexisten; los intereses e intenciones que puede haber detrás de toda acción y, los miedos y temores de mostrarse tal cual se es:

Generalmente todas las relaciones que tengo de amistad, entre comillas, son muy superficiales. Es muy cierto lo que dicen, hay muchas veces en que las amistades de ahorita sí son más superficiales.

Yo pienso que la gente es tal vez como muy hipócrita. Es muy difícil que una gente sea sincera con la familia. Tiene

que tener como mucha confianza. Al principio se ponen muchas máscaras, fingen cosas que no son y ya después con el tiempo es cuando realmente vas conociendo cómo son en realidad. Pero muchas veces te quedas con un aspecto superficial de las personas, nunca te adentras para conocerlas realmente.

La dualidad apariencia-realidad ha llevado también a otra visión dicotómica en las relaciones interpersonales: una comunicación superficial y una comunicación profunda. Ello implica que se prive de cierta información o expresión de sentimientos a otras personas y a su vez se pretenda que las apariencias representen lo que es la persona. Para Sennett (1978), la sociedad íntima hace del individuo un actor privado de su arte, pero que cuanto más íntimo menos sociable.

La percepción de la interacción social como representación, el uso de máscaras y la reserva que resguarda la identidad del sujeto, también representan estrategias de control o manipulación de las relaciones que contienen intereses o propósitos encubiertos. Sirva de ejemplo el siguiente caso:

- a) Región anterior: Para Lauro es importante ser siempre un “caballero”, lo cual significa nunca hablar mal de las “niñas”, ser buen escucha para ellas, establecer relaciones más democráticas con las mujeres y llevar una vida abierta y honesta con toda la gente, salvo con aquellos que por su cultura y educación no puedan entender ciertas cosas:

No hablo mal de las mujeres porque soy un caballero [...] ya no estoy en la disposición de oír, hablar mal o tratar de decir que estuve con ella y con ella [...] No soy machista, yo siempre respeto mucho a las niñas, a las mujeres. No comparto algunas prácticas de mis amigos. Como clásicos hombres que somos, tenemos la facilidad de siempre hablar de las mujeres, y yo no comparto la idea de hablar mal de ellas, de estarles diciendo hasta por dónde se van a morir. No hay cosas que tú no puedas saber, o el vecino de al lado,

o tal vez hay cosas que no las puedas saber porque a la fecha no tengas la cultura para comprender, no las va a entender, las va a criticar. Soy un ser humano y todo lo que yo hago tú haces hablando de comportamientos. No hay nada fuera de lo normal entre yo y otros, no hay nada más que pueda esconder.

- b) Trasfondo escénico: Lauro es buen escucha para las “niñas”, pero a veces lo usa para ligar con ellas:

Yo creo que ha sido por ese lado, el no ser machista, que me he inclinado más a escuchar a una niña, también con el plan a veces de ligar. A veces conocerlas más, saber más cosas de ellas y tener un poco de oportunidad de estar con ellas, utilizando tal vez mí propio machismo y mí forma particular de practicar o, no sé, de compartir.

Al respecto se puede decir que como apariencia, como primera imagen de hombre sensible y buen escucha, refleja también un interés en un acercamiento que lo lleve a establecer vínculos sexuales o afectivos con las mujeres que desea. En relación con el segundo comentario, aquello que según Lauro no pueden entender los demás, eso que no es nada fuera de lo que todo mundo hace, es cómo se vive una vida cuando se consume drogas, “no entienden que no es una vida fácil” (sic):

Fuera de cosas que son para personas no normales; que no consumen este tipo de sustancias; que muchas personas llaman de la vida fácil, pero que esta vida no es nada fácil. Vivir de otra forma es complicado.

Para los hombres entrevistados, toda actuación implica un interés. En los discursos de los jóvenes surgió como un punto importante la presencia de una “intencionalidad”. Es decir, que toda actuación lleva implícitos intereses y objetivos aparentemente claros o, al menos, la idea de que siempre hay algo que se desea obtener, particularmente en el caso de los hombres.

Por su naturaleza, el trasfondo escénico posibilita la instrumentalización de los sentimientos para producir efectos de poder sobre otras personas, así como protección de amenazas y miedos externos. En este último testimonio resulta relevante pensar la intencionalidad. Los sentimientos que sustentan una relación afectiva, pueden servir de instrumento de control o medio para ejercer poder sobre otros, en términos de los efectos que se tienen en las acciones o determinaciones de quienes participan en los vínculos considerados íntimos:

- [...] Cuando tú le dices a una chava “¡ay te amo, te amo, te quiero!! Este... poco a poco comienzan a hacer que tú dependas más de ellas, de que tú te entregues más ¿si me entiendes? o sea, muchas chavas...por eso muchos tipos se reservan más, o sea, precisamente para no caer en la dependencia o no caer en el juego de ellas.
- Cómo en un momento dado eso se puede interpretar como manipuleo ¿no?
- Ajá, manipuleo.
- ¿Y qué de malo tendría sentirse dependiente de alguien? (Entrevistador)
- O sea, la dependencia es natural ¿no? pero... pero hay grados.
- Yo creo que aparte el poder contar, o el poder decirle a una persona lo que sientes, como que aparte de que te da dependencia es como un reflejo de debilidad por parte de la persona, porque el decirlo te hace ser débil, y la otra parte va a ser la fuerte. Siempre vas a estar dependiendo de la otra parte, la que decide, y aparte así como nos han educado, o sea, veamos la realidad, de que en parte es ser algo machistas, porque un machista nunca va a mostrarse débil ni va a mostrar sus sentimientos. Nunca los va a mostrar porque eso le va a quitar...
- Seguridad
- Sí, seguridad y pues va a estar en contradicción totalmente, o sea, un machista no puede ser débil, al contrario, tiene que mostrarse fuerte, verse acá...
- Pues es que muchas veces, muchas veces por la misma cultura te confundes ¿no? o sea, el expresar tus senti-

mientos con la debilidad, o sea, por ejemplo, es que ya en esta altura con las chavas a veces te aceptan pero porque tú das la imagen de que no dependes de nadie, de que tienes muchas chavas, de que nunca te vas a clavar con nadie, a veces así te aceptan, cuando demuestras esas cosas... pero ya cuando tu demuestras o muchas veces se ve ¿no? Cómo se dice “los ojos son el espejo del alma” ¿no? Muchas veces cuando se llega a descubrir tu debilidad, cuando llegas a expresar realmente lo que sientes es ahí cuando viene la manipulación ¿si me entiendes? o sea, ya no eres el hombre de la imagen fuerte y de que no dependes de nadie y de que tienes muchas chavas, porque si yo lo he podido poco a poco descubrir ¿no?, yo de repente soy acá conocedor ¿no?, pero poco a poco se va descubriendo, vas sabiendo diferenciar entre qué chava o qué persona te estima de verdad, te quiere de verdad seas como seas, y qué persona simplemente, a pesar de tus sentimientos y tu debilidad, te comienza a hacer a un lado, o a que dependas más de ella, simplemente porque, pues, hay de todo, hay de todo.

En el imaginario social, los hombres han percibido tradicionalmente a las mujeres como un peligro en tanto son depositarias de la vida afectiva de la pareja. Los entrevistados narran experiencias negativas que han tenido con otros hombres, aunque sus mayores temores y miedos son respecto de las mujeres. Si los hombres perciben que las mujeres son expertas en manejar, controlar o manipular hombres por medio del afecto y el amor, se comprenderían en alguna medida los miedos que sienten para la vivencia de la intimidad con las mujeres, porque les genera dependencia.

El pretender evitar la dependencia emocional reitera la idea del hombre “independiente”, y ello reproduce el sentido de “hombre de verdad” que, a su vez, reproduce el sistema binario, dicotómico y asimétrico. De este modo, desde la masculinidad parece necesario resguardar, a cualquier precio, la autonomía y la independencia amenazadas por las ataduras de los vínculos cercanos, pues ello implica el control

de unos individuos sobre otros. Si el poder es un afecto,³ la intimidad, como una cualidad del vínculo afectivo, implicaría el ejercicio de una influencia de uno sobre otros, así como de otros sobre uno. Por ello resulta importante el dominio de la expresividad emocional.

Los hombres y la expresión emocional

A la experiencia de la intimidad, se le vincula con un aspecto, la expresión de diversos sentimientos. Dada la limitada expresividad en los hombres, se les ha considerado como analfabetas emocionales. Como los hombres han sido habilitados más para la racionalidad y, en términos instrumentales, para el logro de objetivos concretos y prácticos, les resulta difícil satisfacer la demanda de ser más afectivos. Los aspectos culturales, que asocian la afectividad con la feminidad, limitan la vida emocional de los hombres, dado que vulneran en mayor medida la condición masculina ante el sexo opuesto, que no deja de tener expectativas muy altas respecto del “sexo fuerte”.

Dado que el costo social de asumir la posición de poder de la masculinidad es una clara sanción social por mostrar afectos, la represión de los mismos sirve de protección y de respaldo al sentido de virilidad. En la vida emocional de los hombres se ha privilegiado la expresión de sentimientos como la furia, la alegría, los celos, el odio, la cólera y el afecto sexual. Sin embargo, existen otros como el amor, la ternura o el cariño, que resultan más difíciles no sólo de expresar sino de experimentar.

Una de las consecuencias que puede generar lo antes señalado es una ruptura de la respuesta emocional. En el caso específico de los hombres, se fractura e interrumpe el flujo sentimental del cuerpo masculino al reprimir emociones consideradas “femeninas”, se individualiza la experiencia y se procura aparentar autonomía, decisión, singularidad,

3 Fernández (2000: 53) señala que el poder es una instancia afectiva “porque, con sus desplantes notorios y descriptibles, perfectamente controlables, ejerce efectos desconocidos sobre lo incontrolable; toca y revuelve lo innombrable y, obviamente, no se puede decir qué es lo que hizo al ejercerse”.

seguridad y responsabilidad. Lo anterior, con el propósito de mantener su imagen de hombre y su posición en las relaciones de género.⁴

Como acto performativo, cuando se expresa una emoción, no es la propia emoción lo que se manifiesta, sino la emoción convertida en imagen. Sentimientos básicos como el miedo, la alegría y la furia, dan una imagen más estereotipada y, por tanto, más fácil de interpretar. La estereotipia se convierte en una máscara que bloquea cualquier otra expresión emocional, al mismo tiempo que no permite al interlocutor que le provoque más que lo permitido por su estatuto emocional:

Yo te acepto, te escucho, te apoyo, hablamos, te doy lo que esté en mis manos, pero en el sentido afectivo no me pidas las cosas que yo te las de, porque si no me nace dártelo de mí hacia ti no te lo doy. Se me hace hipócrita si yo realmente no lo siento. No te lo voy a dar, y si tú me lo pides, te lo voy a dar de mala gana. Por ejemplo, cuando te dicen “dime que me amas”, ¡oye! No, ¡qué estupidez es ésa!, “¡ay! se siente bonito cuando me lo dices”. Si tú me lo pides ya me estás ordenando, ya me lo estás pidiendo, no sale de mí hacia ti. Es algo nefasto, hipócrita. Es lo peor que puedes hacer. En cambio, si tú con tus acciones o con lo que sea a mí me nace decirte te amo, ese te amo vale más de los miles que me pides.

Para que pueda mostrar afecto a alguien lo tengo que sentir. Muchas veces lo siento pero soy muy tosco para darlo. Por ejemplo, yo quiero mucho a mi papá pero muy pocas veces se lo he dicho. No sé cuando lo voy a decir. Como que se me cierra la garganta y no, no puedo.

4 Si la masculinidad se entiende como “un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y mujeres ocupan ese espacio en las relaciones de género, y en los efectos en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura” (Connell: 2003: 109), entonces estamos hablando que la modernidad ha mantenido esa misma posición por medio de instrumentos tradicionales como la división sexual del trabajo, los roles y las identidades de género. Pero esa posición de privilegio no está fija sino condicionada por categorías de diferenciación social, como la clase, la raza, la edad y la orientación sexual.

Mi abuelita hace un año tenía cáncer pulmonar por fumar tanto. Yo la quiero mucho y me costó mucho trabajo decirle que la amaba, aun sabiendo que se iba a morir; bueno, ya se murió, pero me libré como de algo que tenía aquí y me oprimía, que podía decirlo y hasta que se lo dije. Ya cuando se murió no me dolió tanto, pero a mí me cuesta mucho trabajo expresar lo que siento por otra persona.

En los últimos tiempos se ha presentado y de alguna forma explotado —en los medios de comunicación, en el cine y los anuncios publicitarios—, la imagen de hombres sensibles, expresivos y afectivos. Esto es muestra de un cambio en el nivel de significado cultural de la prescripción de la masculinidad que reiteraba que “un hombre no debe llorar”. Aunque esto podría indicar un cambio en el estereotipo masculino, resulta interesante que hasta la fecha haya jóvenes a los que les sigue resultando difícil expresar sus sentimientos, como se observa en los testimonios anteriores.

Conclusiones

En las narrativas de los hombres se observa que el sentido de unicidad y de la integridad del yo de los sujetos no se diluye por establecer múltiples relaciones. Por el contrario, con ello aparece en los hombres la sensación de un yo interno, profundo, real y verdadero, que es resguardado y protegido por el enmascaramiento del rostro con múltiples imágenes y representaciones que obligan a mantener un nivel de superficialidad en las relaciones interpersonales.

La performatividad, en su sentido más manifiesto, evidencia la constante actuación, la permanente vigilancia y continua atención en las prácticas, los significados y los sentimientos relacionados con la cultura de género. En la identidad masculina, la performatividad impone a los hombres la reproducción de actos reiterativos que les permiten construir las imágenes que consideran que son las que demandan las mujeres.

Por lo tanto, demostrar ser “todo un hombre” y ser reconocido como tal, no requiere sólo del sexo biológico, sino de la acción repetitiva de comportamientos, pensamientos, sentimientos y actitudes que sirven para representar en el escenario social el papel que les corresponde como género masculino. Los jóvenes identifican las posiciones que, como hombres, ocupan en la sociedad y lo que ello implica, tanto en su identidad como en lo que proyectan a los demás.

La conciencia y verbalización de los hombres sobre la actuación que llevan a cabo en torno a la performatividad del género no implica que hacerlo sea un acto volitivo y meramente instrumental, sino que la cultura de género y los mecanismos psíquicos, sociales y culturales han naturalizado y vuelto imperceptible que ese “sí mismo” inherente, que se percibe como esencia, se haya construido en el mismo proceso de devenir como sujeto sexuado; con ello se origina la ficción de que el individuo actúa para los otros, sin embargo, pasa inadvertida la transformación en el propio cuerpo.

La instrumentalidad de la intimidad representa un recurso para proteger su posición privilegiada en el orden social. A los hombres les atemoriza que salgan a la luz su interioridad, sus secretos, sus reservas y sus debilidades; también les inquieta la cercanía con otra persona, el compromiso y la entrega; les preocupa la dependencia y la pérdida de autonomía. Los hombres hablan sobre el temor de ser rechazados por las mujeres ante el incumplimiento del modelo dominante de masculinidad o la imagen que se espera de un “hombre”. Es decir, los hombres sienten la demanda y la presión sociales, así como de algunas mujeres se espera que se comporten de acuerdo con el patrón de género tradicional. Pese a todo ello, se enamoran, se comprometen y establecen relaciones de intimidad. Sólo que, la forma que adquiere ésta en su experiencia se apega, en mayor medida, a la distancia que protege su posición de privilegio en las relaciones de género. La dominación y la subordinación pasan por la afectividad y la emocionalidad. La intimidad, en tanto representa una cualidad en el vínculo emocional se liga estrechamente con las formas en que se estructuran las relaciones de género y el ejercicio del poder.

Bibliografía

- Blanco, Amalio. (1988). *Cinco tradiciones en la psicología social*. Madrid: Morata.
- Butler, Judith. (1990). "Performative acts and gender constitución: an essay and fenomenology and feminist theory". En Sue-Ellen Case, John Hopkill, *Performing feminisms: feminist critical theory an theater*. Baltimore and London: University Press.
- (2001). *El género en disputa*. México: Paidós, PUEG-UNAM.
- Canales, Manuel y PEINADO, Anselmo. (1995). "Grupos de discusión". En Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis.
- Connell, Robert. (2003). *W. Masculinidades*. México: PUEG-UNAM.
- Foucault, Michel. (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Gergen, Kenneth J. (1992). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
- (2001). *El auto saturadas, los dilemas de la identidad en la vida contemporánea*. Nueva York: Basic Books. 1991, 2 °. Ed. 2001.
- Goffman, Irving. (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Guevara, Elsa. (2004). *Las transformaciones de la intimidad. Masculinidad y modernidad en México: un ejemplo con jóvenes de la UNAM*. Tesis para obtener el grado de doctora en Ciencias Políticas y Sociales. México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- Ortiz, Víctor. (2004), *Máscaras de la muerte*. Tesis para obtener el grado de doctor en Ciencias Sociales. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco.
- Sennett, Richard. (1978). *El Declive del Hombre Público*. Barcelona: Ediciones Península.